

diabólico regocijo tanta ruina y destruccion. Hacia el norte, asomaba por encima de la ciudad la parda fortaleza, iluminada por la rojiza luz del incendio y contemplando al parecer con ceño desde la altura las ruinas de la hermosa ciudad que no podia ya defender. Allá á lo lejos se divisaban las vagas formas de los Andes, remontrándose en solitaria grandeza hasta las regiones de eterno silencio, á donde no llegaba el rumor de la sangrienta lucha que se trababa á sus pies.

Tan grande era la ciudad que el fuego continuó cebándose en ella varios dias, y destruyéndose torres, templos cabañas y palacios. Entre los pocos edificios que se libraron de sus estragos, se contaron por fortuna el templo del Sol y la casa de las Vírgenes que tenia á su inmediacion. Su posicion aislada hacia que fuese facil el conservarlos, y así lo hicieron los Indios por respeto á su religion.<sup>12</sup> Mas de una mitad de

<sup>12</sup> Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 2, cap. 24.

El Padre Valverde, obispo del Cuzco, que tuvo tanta parte en la prision de Atahualpa, no se hallaba en el Perú cuando este sitio, pero volvió al año siguiente. En una carta dirigida al emperador, compara el estado floriente de la capital cuando él la dejó, con el que entonces tenia, despojada lo mismo que sus hermosos barrios, de sus antiguas glorias. El pagase es de-

masiado notable para que yo lo omita. La carta original se conserva en el archivo de Simancas. —“Certifico á V. M. que si no me acordara del sitio desta Ciudad yo no la conociera, á lo menos por los edificios y Pueblos della: porque cuando el Gobernador D. Francisco Pizarro entró aquí y entré yo con él estava este valle tan hermoso en edificios y poblacion, que en torno tenia que era cosa de admiracion vello, porque aunque la Ciudad

la opulenta capital, el emporio de la civilizacion del Occidente, el orgullo de los Incas y la lujosa morada de su deidad tutelar, fué reducida á cenizas por mano de sus propios hijos. Acaso les consolaria la idea de haber abrasado con ella á sus conquistadores, para que les sirviese de tumba lo que antes fuera su mas glorioso trofeo.

Durante los muchos dias que duró el incendio no trataron los Españoles de apagarlo, porque habria sido vano empeño. Mas no por eso se crea que se limitaron á resistir los ataques de los enemigos, sino que de cuando en cuando hacian sus salidas para rechazarlos. Los maderos y escombros de los edificios incendiados oponian á la verdad obstáculos insuperables á los movimientos de la caballería, y cuando la infantería y los Indios amigos conseguian abrir paso á costa de mil esfuerzos, los Peruanos interceptaban de nuevo el camino, clavando estacas y levantando parapetos.<sup>13</sup> El destruir estos requeria mu-

en si no tenia mas de 3 ó 4000 casas, ternia en torno quasi á vista 19 ó 20,000: la fortaleza que estaba sobre la Ciudad parecia desde á parte una muy gran fortaleza de las de España: agora la mayor parte de la Ciudad estaba toda derivada y quemada; la fortaleza no tiene quasi nada enhiesso; todos los pueblos de alrededor no tienen sino las paredes que por maravilla ai casa cu-

bierta. La cosa que mas contentamiento me dió en esta Ciudad fué la Iglesia, que para en Indias es harto buena cosa, aunque segun la riqueza que a havido en esta tierra pudiera ser mas semejante al Templo de Salomon.” Carta del Obispo Fr. Vicente de Valverde al Emperador, MS., 20 de Marzo de 1539.

<sup>13</sup> Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

cho tiempo y era operacion muy peligrosa, porque los trabajadores seveian espuestos continuamente á las flechas enemigas, y el arco de los Peruanos era muy certero. Cuando al cabo conseguian apartar todos los estorbos y abrir paso á la caballería, cargaba esta con ímpetu irresistible sobre los enemigos, y les hacia retroceder en desórden, cayendo heridos por las espadas ó atravesados por las lanzas de los ginetes. En tales ocasiones era siempre grande la carniceria; pero los Indios sin desanimarse por ello, volvian al ataque con nuevo vigor, y al mismo tiempo que por el frente presentaban tropas de refresco, otros se ocultaban entre las ruínas y ponian en desórden á los Españoles atacándoles por el flanco. Los Peruanos sabian manejar con destreza, asi el arco como la honda, y apesar de la superioridad de sus armas, cada refriega costaba varias vidas á los Españoles, y ya estos eran demasiado pocos para poder sufrir estas pérdidas, que no se compensaban por mas que la del enemigo fuese diez veces mayor. Los Peruanos usaban con regular éxito de otra arma peculiar de la América del Sur. Era esta el *lazo*, compuesto de una cuerda larga con un lazo corredizo en un extremo, la que arrojaban con mucha

"Los Indios ganaron el Cuzco casi todo desta manera que en ganando la calle hivan haciendo una pared para que los cavallos

ni los Españoles no los pudiesen romper." Conq. i Pob. del Piru, MS.

destreza sobre el ginete, ó enredaban con ella los pies de su caballo, de manera que ambos cayesen en tierra. Por este medio consiguieron hacer prisionero á mas de un Castellano.<sup>14</sup>

Acosados de este modo por todas partes, durmiendo sobre las armas y con sus caballos de la brida para subir en ellos á la menor señal de alarma, no lograban descanso los Españoles ni de dia ni de noche. Para colmo de trabajos su imprudente confianza les hizo dejar una guarnicion tan corta en la fortaleza que defendia la ciudad y dominaba completamente la plaza principal en que estaban acampados, que al acercarse los Peruanos fué abandonada sin intentar la defensa. Al punto la ocupó un grueso destacamento del enemigo, y desde aquella altura hacian de cuando en cuando descargas de proyectiles que incomodaban mucho á los sitiados. Bien se arrepintió entonces su capitán de la imprevision con que habia descuidado la guarda de punto tan importante.

Las noticias que diariamente recibian del estado del pais, contribuian no poco á aumentar sus congojas. Decíase que el levantamiento era general en toda la tierra: que los Españoles que vivian solos en sus haciendas, habian sido asesinados: que Lima, Trujillo y las demas ciudades principales estaban cercadas, y se esperaba

14 Ibid., MS.—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 8, cap. 4.

que muy pronto caerian en manos de los enemigos; que los Peruanos se habian apoderado de los pasos y cortaban toda comunicacion, de manera que no podian contar los Españoles con auxilio alguno de sus hermanos de la costa. Tales eran los siniestros rumores que del campo de los sitiadores llegaban á la ciudad, y aunque exagerados, eran ciertos en el fondo. Para hacerlos aun mas creibles, arrojaron á la plaza ocho ó diez cabezas humanas, en cuyos rostros ensangrentados reconocieron con horror los Españoles las facciones de algunos compañeros suyos que sabian se hallaban viviendo solos en sus repartimientos<sup>15</sup>

Rendidos al peso de tantos horrores, muchos fueron de opinion que se abandonase del todo la ciudad, por indefendible, y se abriesen camino hasta la costa con la punta de sus espadas. Este proyecto tenia cierto carácter atrevido, muy propio para cautivar el ánimo resuelto de los Castellanos. Es mucho mejor, decian, morir defendiendo la vida como hombres, que perecer así cobardemente encerrados como ovejas en redil, esperando que venga el carnicero á degollarlas!

Peró los Pizarros, Rojas y alguos otros caballeros principales, rehusaron aprobar una medida, que segun ellos, iba á cubrirles de igno-

15. Ibid., ubi supra.—Conq. i. Pob. del Piru, MS.

minia.<sup>16</sup> El Cuzco era la valiosa presa que tanto habian disputado, era el antiguo sόlio de los Incas, y aunque se veia reducida á cenizas, pronto se levantaria de entre sus ruinas tan ilustre como siempre. Todo el mundo tenia fijos los ojos en sus defensores, y su debilidad, infundiendo confianza al enemigo, podria decidir la suerte de todos los Españoles que habia en aquella tierra.

Ni bien mirado quedaba tampoco lugar á la duda, porque toda salida estaba interceptada por un enemigo que conocia mucho mejor el terreno, y se habia hecho dueño de todos los pasos. Pero las cosas no podian durar mucho tiempo en tal estado, pues los Indios, á la larga, no podian luchar contra los blancos. El fuego de la insurreccion debia irse apagando por sí solo, y el grande ejército de los enemigos se desbandaria, no hallándose los Indios acostumbrados á las privaciones inseparables de una campaña algo larga. Era preciso que diariamente llegasen refuerzos de las colonias, y con solo que los Castellanos conservasen por algun tiempo su acostumbrado esfuerzo, sus compatriotas no dejarían de darles auxilio, pues no era creible que

16 “Pues Hernando Pizarro nunca estuvo en ello y les respondia que todos habiamos de morir y no desamparar el Cuzco. Juntábanse á estas consultas Hernando Pizarro y sus hermanos, Grabiél de Rojas, Hernan Ponce de Leon y el tesorero Riquelme.” Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

les dejasen morir entre los montes como una cuadrilla de bandoleros.

Estas razones y la firmeza de aquellos caballeros, hicieron grande impresion en los soldados; porque en el alma de un Español siempre hallaba eco la voz del honor, ya que no la de la humanidad. Todos ofrecieron mantenerse firmes hasta lo último al lado de su comandante.

Mas si trataban de mantenerse firmes en la ciudad era indispensable desalojar al enemigo de la fortaleza; y antes de arrojarle á esta peligrosa empresa quiso Hernando Pizarro dar un golpe que intimidase á los sitiadores y les retrajese de intentar nuevos ataques á su campamento.

Comunicó el plan á sus oficiales, y dividiendo su pequeña tropa en tres trozos dió el mando de ellos á su hermano Gonzalo, á Gabriel de Rojas, oficial que merecia toda su confianza, y á Hernan Ponce de Leon. Enviaron por delante á los peones indios para que apartasen los estorbos del camino, y las tres divisiones avanzaron á un tiempo por las calles principales hácia el campo de los sitiadores. Facilmente desbarataron las partidas sueltas que encontraron en el camino, y cayendo de improviso los tres trozos sobre las desordenadas filas de los Peruanos, les tomaron completamente de sorpresa. Al principio fué muy débil la resistencia y hor-

rorosa la carnicería; pero los Indios fueron cobrando ánimo poco á poco, y algo restablecido el orden, volvieron al combate con la intrepidez de hombres acostumbrados á desafiar los peligros. Combatian cuerpo á cuerpo con sus hachas y mazas de cobre, descargando al mismo tiempo un diluvio de dardos piedras y flechas sobre los acerados cuerpos de los cristianos.

Parecian los bárbaros algo mas disciplinados de lo que podia esperarse, y esto provenia, segun cuentan, de que habiendo el Inca perdonado generosamente la vida á varios Españoles prisioneros, estos habian dado á sus tropas algunas lecciones del arte de la guerra. Los Peruanos habian aprendido tambien á manejar regularmente las armas de sus enemigos, y andaban armados de escudos, cascos y espadas de fábrica europea, y montados á veces en los caballos que habian quitado á los blancos.<sup>17</sup> El joven Inca en particular, ataviado á la europea, montaba en un fogoso caballo que manejaba con notable destreza, y con una gran lanza en la mano, conducía sus tropas á la pelea.—Esta facilidad en adoptar las armas y la táctica de los conquistadores, indica una civilizacion mas adelantada que la de los Aztecas, porque estos durante su larga lucha

<sup>17</sup> Herrera asienta que los prisioneros á que arreglasen los Peruanos volvieron contra los mosquetes y fabricasen pólvora para ellos. Hist. General, dec. 5, mas de fuego, obligando á los lib. 8, cap. 5, 6.

con los Españoles, jamas llegaron á perder á los caballos el miedo hasta el grado de atreverse á montarlos.

Pero unos cuantos dias ó semanas de ejercicio no bastaban para acostumbrarles á unas armas y disciplina tan distintas de las usadas hasta entonces por los Peruanos. Así fué que este combate, aunque muy reñido, no pudo durar mucho tiempo. Despues de pelear los naturales con grande valor, arrojándose osadamente sobre los ginetes con el fin de sacarlos de las sillas, se vieron precisados á ceder en fuerza de las continuas acometidas de los Españoles. Muchos fueron pisoteados, otros acuchillados, y los mosqueteros, sostenidos por la caballería, mantenian un fuego graneado que causaba un daño terrible en los flancos y retaguardia de los fugitivos. Por último, hartos de matar y creyendo el gefe español que el castigo aplicado al enemigo bastaria para que ya no le molestase por entonces, hizo retirar sus tropas á sus cuarteles de la capital.<sup>18</sup>

Trató en seguida de recobrar la ciudadela, operacion sin duda de mucho peligro. La fortaleza, que dominaba la parte septentrional de la ciudad, estaba situada sobre una altura pedregosa y tan escarpada que era imposible llegar á ella por este lado, defendido únicamente

<sup>18</sup> Pedro Pizarro, Descub. Piru, MS.—Herrera, Hist. Geog. y Conq., MS.—Cong. i Pob. del Perú, dec. 5, lib. 8, cap. 4, 5.

por una sola pared. Por la parte del campo, era mas fácil la subida; pero por allí la defendian dos cercas semicirculares de mil dociientos pies de largo y muy gruesas, formadas de enormes piedras ó mas bien rocas amontonadas unas sobre otras sin argamasa, á mañera de una pared rústica. El terreno que mediaba entre ambas cercas estaba terraplenado hasta una altura conveniente, á fin de que los defensores pudiesen cubrirse con el parapeto al tiempo de disparar sus flechas. Dentro de la cerca interior quedaba la fortaleza compuesta de tres fuertes torres, una grande y dos pequeñas. El enemigo ocupaba la grande y una de las pequeñas á las órdenes de un noble inca, guerrero de probado valor, y resuelto á defenderlas hasta lo último.

Confió Hernando Pizarro esta peligrosa empresa á su hermano Juan, en cuyo esforzado pecho ardía el espíritu aventurero de un caballero andante. Como para llegar á la fortaleza se habia de pasar por las cañadas de los cerros, era preciso llamar por otro punto la atencion del enemigo. Poco antes de anoecer salió Juan Pizarro de la ciudad con un trozo escojido de caballería, y se dirigió por el rumbo opuesto á la fortaleza, para que el ejército sitiador creyese que se trataba de una salida en busca de víveres. Mas en la noche contramarchó con el mayor silencio, halló por fortuna que los pasos

no estaban guardados, y llegó al pie de la cerca exterior sin que la guarnicion lo sintiese.<sup>19</sup>

Daba entrada á la fortaleza una estrecha abertura en la muralla; pero se encontró cerrada con gruesas piedras que parecian formar una sola pieza con el resto de la mampostería. Era operacion larga el arrancarlas de allí, y de modo que no lo advirtiese la guarnicion. Como las naciones indias rara vez acometian de noche, no habian alcanzado tanto en el arte de la guerra, que supiesen usar de centinelas para evitar una sorpresa. Una vez concluida la operacion, Juan Pizarro y sus bravos compañeros entraron por la abertura y se encaminaron al segundo parapeto.

Pero no habian sido tan secretos sus movimientos que ya no los hubiesen advertido, y se encontraron el patio interior lleno de guerreros, que les recibieron con una nube de proyectiles y les obligaron á detenerse. Viendo Juan Pizarro que no habia tiempo que perder, hizo desmontar la mitad de su gente, y poniéndose á su cabeza, se dispuso á abrir otra brecha en las fortificaciones. Pocos dias antes le habian herido en una quijada, y viendo que el morrion le incomodaba, tuvo la temeridad de despojarse de él, contando defenderse tan solo con su adarga.<sup>20</sup> No cesaba de animar á sus soldados para que continua-

<sup>19</sup> Conq. i Pob. del Piru, MS.      <sup>20</sup> Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

sen su derribo, bajo semejante nube de piedras, flechas, y dardos que habria puesto temor en el corazon mas esforzado. Las armaduras de los Españoles no siempre bastaban para defenderlos; pero otros ocupaban el lugar de los que caian, hasta que la brecha estuvo practicable, y arrojándose adentro la caballería atropelló á cuantos quisieron oponérsele.

Quedó con esto abandonado el parapeto, y los enemigos huyeron en desórden por el patio, hasta refugiarse en una especie de plataforma ó terrado, dominado por la torre principal. Allí se rehicieron y continuaron haciendo nuevas descargas de proyectiles sobre los Españoles, al mismo tiempo que los defensores de la torre les dejaban caer encima gruesas piedras y maderos. Juan Pizarro, siempre de los primeros, acometió al terrado animando á sus soldados con sus palabras y con su ejemplo; pero en aquel momento se descuidó de cubrirse con la adarga, y le acertaron una pedrada en la cabeza, con que le derribaron en tierra. No por eso dejó el intrépido capitan de seguir animando á sus compañeros con su voz, hasta que se ganó el terrado, y sus desdichados defensores fueron pasados á cuchillo. Ya entonces no pudo resistir mas, y le bajaron á la ciudad; donde á pesar de los esfuerzos que se hicieron para salvarle, solo sobrevivió.

vió quince días á su herida, y espiró en medio de cruelísimos dolores.<sup>21</sup>—Basta saber que era un Pizarro, para decir que era valiente; pero debe añadirse que sabia templar el valor con la cortesanía. Parecia su carácter suave comparado con el porte altanero de sus hermanos, y su afabilidad le ganó el afecto del ejército. Ayudó á la conquista del Perú desde el principio, y no hay otro nombre en la lista de los conquistadores menos empañado por la nota de crueldad, y en que mas brillen todas las cualidades de un verdadero y esforzado caballero.<sup>22</sup>

Aunque la desgracia ocurrida á su hermano causó un vivo pesar á Hernando Pizarro, conoció que debia obrar con prontitud para aprovechar las ventajas conseguidas. Dejando la ciudad á cargo de Gonzalo, se puso á dirigir en persona el ataque y apretó el cerco á las fortalezas. La una se entregó despues de una corta resis-

21 "Y estando batallando con ellos para echállos de allí, Joan Pizarro se descuidó de cubrirse la cabeza con la adarga, y con las muchas pedradas que tiraban le acertaron una en la cabeza que le quebraron los cascos, y dende á quince dias murió de esta herida, y ansi herido estuvo foreejando con los indios y españoles hasta que se ganó este terrado, y ganada le abajaron al Cuzco." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

22 "Era valiente," dice Pedro Pizarro, "y muy animoso, gentil hombre, magnanimo y afable." (Descub. y Conq., MS.) Zárate le despacha con este breve panegórico:—"Fue gran perdidada en la Tierra, porque era Juan Pizarro muy valiente, i experimentado en las Guerras de los Indios, i bien quisto, i amado de todos." Conq. del Peru, lib. 3, cap. 3.

tencia; pero la otra, mas difícil de ganar, se mantenía firme defendida por el valiente Inca que la mandaba. Era un hombre de formas atléticas, y se le veía recorrer los parapetos armados de una adarga y una coraza de los Españoles, y blandiendo una formidable maza guarnecida de puntas de cobre. Con esta arma terrible derribaba á cuantos trataban de penetrar en la fortaleza. Dícese que mató con su propia mano á varios soldados suyos que hablaron de rendirse. Al fin se resolvió Hernando á escalar la plaza, á cuyo efecto hizo arrimar las escalas; mas apenas llegaba arriba un Español cuando le echaba á rodar el robusto brazo del guerrero indio. Su actividad igualaba á su valor, y parecia multiplicarse para hallarse á un mismo tiempo en todos los lugares en que era necesaria su presencia.

Llenóse de admiracion el capitán español al ver tanto valor, porque sabia apreciarlo aunque fuese en un enemigo, y dió orden de que no se hiciese daño alguno al Indio, y si era posible se le tomase vivo; pero esto no era muy fácil.<sup>23</sup> Por último, habiendo arrimado muchas escalas á la torre, subieron los Españoles por diversas partes á un tiempo, se arrojaron dentro de la

23 "I mandó Hernando Pizarro de no matalle si lo habia rando de no matalle si lo habia zarro á los Españoles que subian vivo." Pedro Pizarro, Descub. que no matasen á este Indio si y Conq., MS. no que se lo tomasen á vida, ju-

plaza y sometieron á los pocos que aun sostenian el combate. Pero el comandante no pensaba en rendirse, y viendo que era ya imposible continuar resistiendo, subió al parapeto, arrojó su maza, se envolvió en su manta y se precipitó de cabeza desde la altura, muriendo como un antiguo Romano.<sup>24</sup> Habia peleado hasta lo último por la libertad de su patria, y tenia á mengua el sobrevivir á su deshonra.—El general castellano dejó una corta fuerza para seguridad de su nueva conquista, y se volvió triunfante á sus cuarteles.

Ibase pasando el tiempo y ningun socorro llegaba á los sitiados. Desde mucho antes habia comenzado á amenazarles el hambre. Por fortuna las acequias que pasaban por la ciudad les proveian de agua; pero aunque habian economizado bien sus provisiones, ya llegaron á acabarse, y se conformaban con el poco grano que podian sacar de las casas y almacenes, arruinados los mas por el fuego, ó con lo que se recogia en alguna correría afortunada.<sup>25</sup> Este último arbitrio ofrecia no pequeña dificultad, porque cada expedición ocasionaba un reñido encuentro con el enemigo

<sup>24</sup> "Visto este orejon que se habian ganado y le habian tomado por dos ó tres partes el fuerte, arrojando las armas se tapó la cabeza y el rostro con la manta y se arrojó del cubo abajo mas de cien estados, y así se hizo pedazos. A Hernando Pizarro le pesó mucho por no tomalle á vida." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.  
<sup>25</sup> Garcilaso, Com. Re al. Parte 2, lib. 2, cap. 54.

en que solian perderse varias vidas de Españoles y causaba grave daño en los Indios amigos. Es verdad que semejante pérdida traia tambien una ventaja, y era que los consumidores iban cada dia á menos; pero el número de los sitiados era tan corto que cualquiera baja hacia mucho mas difícil la defensa con los que quedaban.

Como ya habian trascurrido varios meses sin recibir noticias de sus camaradas, empezaron á llenarse de inquietud por su suerte. Sabian muy bien que el gobernador no omitiria esfuerzo alguno para sacarles de situacion tan desesperada, y el no haberlo hecho era una prueba clara de que se veia tan apurado como ellos, ó de que acaso él y sus compañeros habrian sido ya sacrificados al furor de los insurgentes. Era cosa horrible el considerar que se hallaban solos en aquella tierra, lejos de todo socorro humano, aguardando el perecer miserablemente entre aquellos montes á manos de los bárbaros.

Mas el verdadero estado de las cosas, aunque tristísimo, no era tan desesperado como ellos se figuraban. Es verdad que la insurreccion se habia estendido por todo el pais, ó á lo menos por la parte de él que ocupaban los Españoles; habia sido además tan bien fraguada que rompió en todas partes casi al mismo tiempo, y los conquistadores que vivian muy descuidados en sus repartimientos, fueron asesinados. Así perecieron va-



rios centenares de ellos. Una reunion de Indios habia cercado á Jauja, y un ejército respetable se posesionó del valle de Rimac y puso sitio á Lima. Pero los alrededores de la capital eran llanos y despejados, muy propios para las evoluciones de la caballería, y apenas se vió Pizarro amenazado por aquella tropa, despachó contra los Peruanos una fuerza considerable que pronto los puso en fuga. Aprovechando la ventaja conseguida, les aplicó un castigo tan severo, que aunque siguieron amenazando desde lejos y cortando las comunicaciones con el interior, no volvieron á atreverse á pasar el rio Rimac.

Las noticias que iban llegando al gefe español del estado de la tierra, le alarmaron seriamente. Causábale mayor inquietud que nada la suerte de la guarnicion del Cuzco, y trató varias veces de socorrer aquella capital. Por cuatro ocasiones envió á sus mejores oficiales con destacamentos, y aunque entre todos llevaban mas de cuatrocientos hombres, la mitad de á caballo, ninguno consiguió llegar á su destino. Los arcos indígenas les dejaban que se internasen sin tropiezo, y así que se enredaban en los pasos de las sierras, les rodeaban con número muy superior, y apoderándose de las alturas llovian sobre ellos sus fatales proyectiles, ó les aplastaban con las rocas que despeñaban de las cumbres.

Veç hubo que no quedó un solo hombre de toda la partida, y en otras apenas escaparon algunos dispersos para que volbiesen á referir el desastre á sus compañeros de Lima.<sup>26</sup>

Tales nuevas llenaron de consternacion el ánimo de Pizarro. Pensaba del modo mas funesto sobre la suerte que habria cabido á los Españoles dispersos por todo el pais, y aun dudaba de poderse mantener en él, sin recibir auxilios de fuera. Envió un buque á los colonos de San Miguel, previniéndoles que abandonasen la plaza con todos sus efectos, y viniesen á juntarse con él en Lima; mas por fortuna no le obedecieron. Muchos de los suyos querian aprovecharse de las naves que habia en el puerto para salir de la tierra é ir á refugiarse en Panamá. Pizarro no quiso ni aun escuchar tan cobarde consejo, que llevaba consigo el abandono de los valientes del interior, que solo de él aguardaban socorro. Para quitar toda tentacion á estas almas débiles, despachó todas las naves á desempeñar una comision muy diversa. Envió en ellas cartas para los gobernadores de Panamá, Nicaragua, Gua-

<sup>26</sup> Zárate, Conq. del Peru, lib. 4, cap. 5.—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 8, cap. 5.—Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 2, cap. 23.

Segun el historiador de los Incas, estas expediciones costaron la vida á cuatrocientos setenta Españoles. Cieza de Leon

calcula en setecientos el número total de los cristianos que perecieron en esta insurreccion, y añade que algunos fueron cruelmente atormentados. (Crónica, cap. 82.) Este cálculo no parecerá exagerado, si se considera el espíritu de la insurreccion, y lo que esta se propagó.